

dictaron los padres de la Iglesia: «Desarraigar de la tierra al que sacrifique a los dioses. No haya piedad para él: es preciso lapidarlo, matarlo, aunque sea tu hermano, tu hijo o la mujer que duerme sobre tu seno!» Así es como el piadoso Firminus Maternus exhorta a los hijos de Constantino al cumplimiento de sus deberes de perseguidores conscientes¹. Y San Agustín, el doctor por excelencia, habla también del «cuchillo de las leyes justas» contra el error, y traza el terrible código en cuya virtud los inquisidores quemaron después los herejes con toda tranquilidad de conciencia.

Ese derecho de castigar al pagano y al cismático, ambos enemigos del dios de los ortodoxos, pertenece sin duda a éstos, puesto que se imaginan obedecer a las órdenes precisas venidas de lo alto, y este derecho se convierte fácilmente en un deber; pero conviene sobre todo a los nuevos amos vengarse de las persecuciones antiguas, de los terrores de la víspera. «El Señor es celoso y vengativo», asimismo lo es el rebaño de sus fieles. «Bienaventurados serán los santos, nos dice uno de los suyos, Tomás de Aquino, puesto que tendrán la alegría de ver los sufrimientos de los condenados». Las enseñanzas del Evangelio y los comentarios de sus intérpretes responden a la misma idea. Hasta el dulce Jesús habla en sus parábolas como lo haría un déspota de Asiria: «Todo árbol que no lleve buen fruto sea cortado y arrojado al fuego»,—«Lanzad el servidor inútil a las tinieblas de fuera: allí será el lloro y el crujiir de dientes»,—«Traed aquí los enemigos que no han querido que yo reinase sobre ellos y matadlos delante de mí»,—«La verdadera piedad consiste en ser despiadado», añade San Jerónimo².

Las persecuciones se aplicaron mucho menos a enemigos paganos que a hermanos en la fe, rivales por la conquista del poder. La primera ley que castigaba con la muerte la herejía fué promulgada por Teodosio contra alguna secta de los Maniqueos; es el primer texto en que se hace mención de la Inquisición de la Fe³. De lejos, las disputas teológicas parecen haber sido inspiradas so-

¹ Gastón Boissier, *La Fin du Paganisme*, t. I, p. 80.

² Mateo VII, 19; XXV, 30; Lucas III, 9; XIX, 27.—Raoul Rozière, *Recherches critiques sur l'Histoire religieuse de la France*, ps. 23 y 24.

³ Hartpole Lecky, *Rationalism in Europe*.

lamente por el ardor de las convicciones y la pasión del dominio religioso, pero mirando las cosas de cerca se observa la coexistencia de otras causas. Resulta, pues, que en la época en que el cristianismo subió al trono con Constantino, los miembros del clero, sobre todo en Oriente, discutían acaloradamente sobre la naturaleza de Jesucristo: las influencias persas, egipcias, judaicas y griegas se cruzaban de diversos modos, mezclando hasta lo infinito sus argucias teológicas: ¿había sido Cristo creado por su padre, como sostenía Arrio? o ¿había existido en toda eternidad, igual al Padre por su esencia? o ¿no le igualaba más que por la voluntad? Todas esas cuestiones apasionaban a la multitud, aunque no pudiera comprenderlas: se maldecían o se mataban unos a otros, pero sin conocer el pretexto, porque las razones verdaderas eran el empeño de alcanzar las riquezas y el poder consistentes en las propiedades, los palacios, los capitales; los intereses económicos se ocultaban bajo un aspecto religioso¹. Durante más de medio siglo prosiguió la lucha con oscilaciones diversas: concilios y emperadores decidieron el pro y el contra, pero la victoria fué obtenida por el «símbolo de Nicea» promulgado por el primer concilio, bajo el reinado de Constantino; la opinión de Arrio se convirtió, pues, en una «herejía» y su doctrina, desterrada del Imperio, sólo encontró refugio durante algún tiempo entre los bárbaros, Godos, Vándalos y Lombardos. La unidad de fe fué proclamada en el Imperio: gran ventaja para los dominadores que querían imponer a sus súbditos la unidad en la obediencia.

En la misma época, también los reyes de Persia habían obtenido por la persecución la unidad de la fe, al menos en apariencia, en su religión oficial, el mazdeísmo: los maniqueos del reino habían sido condenados a la prisión o a la muerte, quizá el mismo Mani fué desollado vivo. A eso se llamaba el «suplicio persa»; las pieles de los ajusticiados, llenas de aire o de paja, estaban destinadas a balancearse delante del palacio de los soberanos.

La dirección de la fe religiosa, que asumía en lo sucesivo el gobierno, dando al culto un carácter oficial, implicaba también la dirección moral; es decir, el poder tendía a atribuirse el carácter de educador. Antes, bajo la República, los censores velaban por que

¹ J. Novicow, *Conscience et Volonté sociale*, p. 253.

cada ciudadano conformase su vida a las costumbres generales y a los mandatos de los magistrados, encarnación del Estado romano: quinientos años después, bajo la administración de los funcionarios imperiales, cuando el escepticismo había disuelto las antiguas leyes morales, los dominadores se imaginaban que podrían dictar otras nuevas. El Estado moderno, con su pretendida misión de Providencia, encargándose de la felicidad de los súbditos y dictándoles conducta y pensamiento, había nacido ya antes que Diocleciano y Constantino. Por la primera vez, bajo Vespasiano, la enseñanza se había unido vagamente al Estado. Los retóricos se habían convertido, si no en funcionarios, al menos en pensionistas como bajo los Ptolomeos. Especialmente Quintiliano había profesado la retórica a expensas del emperador. Adriano, Antonino y Marco Aurelio fundaron también cátedras para los gramáticos y los retóricos; Alejandro Severo edificó escuelas y subvencionó a los niños pobres, o más bien decidió que las ciudades mantuvieran a los discípulos designados por ellas como dignos de una instrucción completa. El primer paso estaba dado, y de ese movimiento había de proceder el sistema de enseñanza que prevalece en todo el mundo civilizado.

El emperador que avanzó más en esta vía, y que a este respecto fué un completo innovador, fué Juliano, a quien la Iglesia cristiana continúa designando con el sobrenombre del «Apóstata», porque representó la reacción de los paganos letrados contra la dominación de los cristianos ignorantes y groseros. Pero en realidad Juliano no quería volver al paganismo antiguo: cristiano a pesar suyo, quería instaurar lo que en el paganismo le parecía bueno y mezclarlo a una religión de su elección que hubiera conservado la forma pagana, aunque la moral hubiera sido nueva. Esta religión es la que él mismo llamaba «helenismo» y que, en efecto, habría sido completamente griega por su filosofía y por su alta moral. Impulsado por ese proyecto de realización imposible, ese emperador que deseaba el bien, pero que no dejaba de obrar el mal, porque estaba provisto de la terrible prerrogativa del poder absoluto, fué el primero que utilizó la poderosa organización administrativa del Imperio para constituir en provecho del Estado la unidad de la enseñanza. Impuso a las ciudades la obligación de someterle la elección de los

profesores, después dictó a éstos el programa de lo que habían de enseñar y de las doctrinas que habían de prescindir, prohibiéndoles además profesar opiniones diferentes de las creencias populares. El



EXCAVACIONES DE ANTINOE: MUJER EN ORACIÓN ACOMPAÑADA DE HORUS Y DE ANUBIS

Mezcla de religiones cristiana y egipcia.

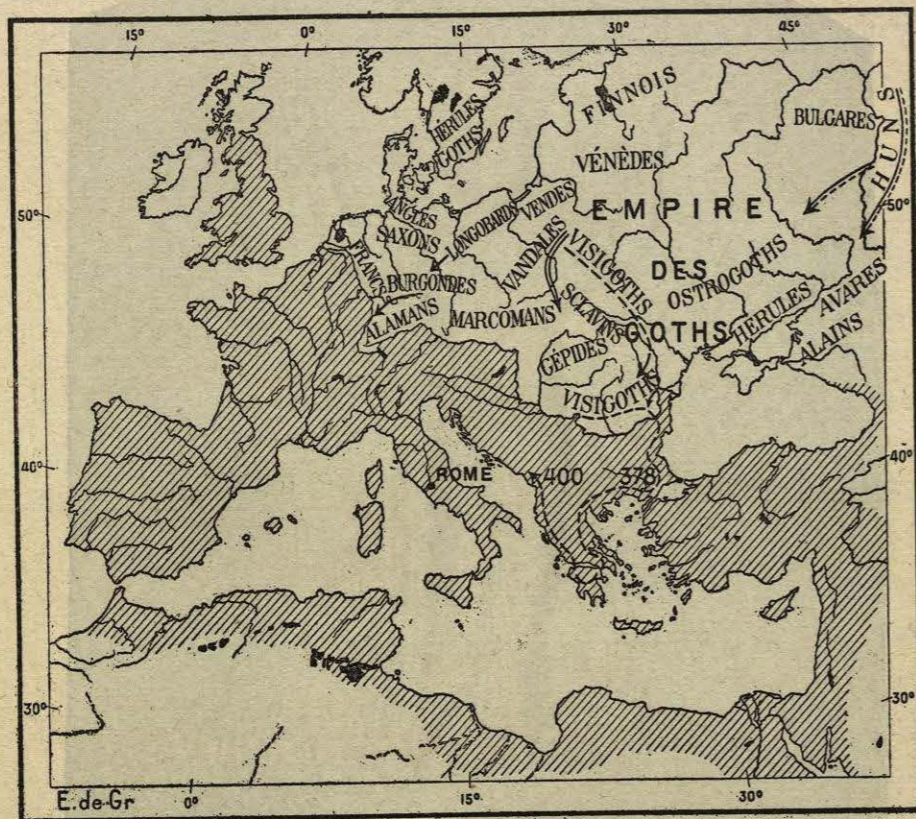
Estado se convirtió en maestro de escuela. La libertad quedó perdida para mucho tiempo¹. Esta organización centralizada de la enseñanza, imaginada contra los cristianos por el paganismo moribundo, había de servir a los cristianos contra toda herejía, contra toda

¹ Albert Harrent, *Les Ecoles d'Antioche*, ps. 52 a 59.

novedad, contra la libertad misma del pensamiento, y sirve todavía a todo gobierno para emplearla contra aquellos a quienes teme.

Un edicto de 370, dirigido por Valentiniano, Valente y Gra-

N.º 260. Europa de 375 a 400.



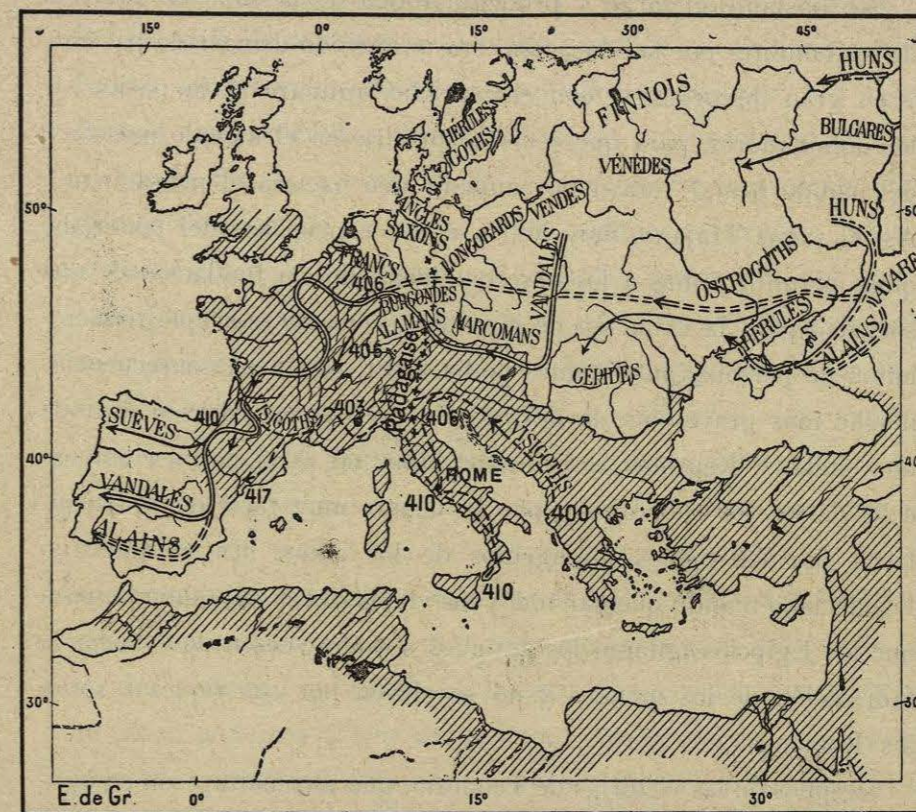
La superficie rayada es la del Imperio Romano hacia el año 380. Los Godos habían constituido en el siglo IV un imperio que se extendía desde el Mar Negro al Báltico. Bajo la presión que hicieron sufrir al reino los Hunos, que aparecieron en 372 sobre las orillas del Volga, la parte occidental de la nación se puso en marcha. En 378 el emperador Valente pereció en Andrinópolis tratando de detenerlos, y todo lo que pudo hacer Teodosio fué tomar una parte de ellos a sueldo y acantonar los otros a lo largo del bajo Danubio. Pero algunos años más tarde, conducidos por Alarico, los Visigodos se ponen otra vez en marcha, atraviesan Grecia y se dirigen hacia Italia.

El trazado de sus movimientos está tomado de André Lefèvre (*Germanis et Slaves*), lo mismo que el de los desplazamientos que efectuaron, entre otros, Burgondios, Longobardos y Vándalos.

ciano a Olibrio, prefecto de Roma, pone de manifiesto con qué espíritu de despotismo fué interpretado ese derecho de intervención del gobierno, considerado como director de la instrucción pública: todos los que querían estudiar en Roma habían ante todo de pre-

sentar al «jefe del censo» o prefecto de policía las cartas de los gobernadores de provincia dándoles permiso para estudiar y declarando su naturaleza, edad y cualidades. Después de haberse

N.º 261. Europa de 400 a 425.



La superficie rayada es la del Imperio Romano hacia el año 420. Continuando su movimiento, los Visigodos atraviesan el valle del Po. Un vándalo, general de los Romanos, Estilicon, secundado por 60000 Hunos, los bate en Polencia (403). Pero algunos años después Alarico toma a Roma, continúa su marcha hacia la Italia meridional y muere cerca del estrecho de Mesina. El jefe que le reemplaza se pone al servicio del gobierno romano; parte en persecución de los Vándalos y llega al valle del Ebro en 417.

En 405 Estilicon destroza cerca de Florencia una multitud, que, conducida por un rey sacerdote, Radagasto, había bajado por el valle del Adige.

Los Vándalos, arrastrados por los Alanos, remontan el valle del Danubio; empujan ante sí los Suevos y otras poblaciones, desembocan en la Galia en 406 y atraviesan los Pirineos en 410.

El trazado de sus movimientos está tomado de André Lefèvre, lo mismo que el de los desplazamientos que efectuaron Burgondios, Hérulos, Eólgaros y Hunos.

inscrito en el curso, habían de hacer estrictamente los estudios indicados, obedecer los reglamentos de policía so pena de azotes, y partir después de haber cumplido la edad de veinte años: «si des-

cuidan de irse por sí mismos, el prefecto cuidará de despedirlos, aunque sea contra su voluntad»¹. No les faltaba más que suprimir las iniciativas de las ciudades y de los individuos para la enseñanza, lo que los emperadores bizantinos, siguiendo la lógica de las ideas, realizaron poco después.

No obstante el largo y prudente rodeo de la sujeción prefecta de los hombres por la educación, era un método demasiado paciente y en gran discordancia con el capricho ordinario y la pasión de los dominadores, para que éstos no prefiriesen el método más fácil del mando brutal: era mejor impedir que naciera el pensamiento. Así el sagaz Trajano, muy lógico en su concepción del poder, no quiso permitir jamás a los obreros nicomedios la fundación de una sociedad para la extinción de incendios, considerando que toda reunión de personas inteligentes podía tener, según él, consecuencias mucho más graves que la destrucción de algunas casas o de toda una ciudad². Reprimir, impedir, prohibir, tal es la política por excelencia de los soberanos; por lo demás muy fácil de practicar, hasta por los menos inteligentes de los amos. En el año 290 Diocleciano mandó quemar todos los viejos libros de alquimia, para que los Egipcios ignoren los antiguos secretos, cesen de conocer la fabricación de los metales y no se eleven por sus riquezas sobre los Romanos³.

Después de las victorias de Teodosio, que reconstituyeron en apariencia y por pocos años la unidad del Imperio, el desdoble en dos mitades del Oriente y del Occidente se realizó por último de una manera definitiva hacia el fin del siglo IV de la era vulgar. Pero las dos mitades no representaban en extensión y sobre todo en fuerza el conjunto del mundo romano tal como había existido bajo los Trajano y Marco Aurelio. Los bárbaros habían penetrado en el Imperio. La nación de los Godos, una de las que menos merecían el nombre de «bárbara» y que se había civilizado gradualmente por su contacto con las poblaciones de la Dacia y de la Tracia, se había adelantado al sud del Danubio, después de haber franqueado los

¹ Albert Harrent, *Les Ecoles d'Antioche*, ps. 215 y 216.

² Gastón Boissier, *La Fin du Paganisme*, t. I, p. 422.

³ Marcellin Berthelot, *Collection des anciens Alchimistes grecs*, Introducción, p. 4.

Balkanes y librado una batalla victoriosa con los Romanos de Bizancio, cerca de la ciudad de Andrinópolis. Sus jinetes alcanzaron por un lado del mar Egeo, por el otro el mar Adriático. Verdad es que Teodosio logró cerrar el camino a esta inundación de hombres, pero participó del daño aceptando las nuevas condiciones económicas creadas por la irrupción de los Godos. Les dió tierras con la esperanza de arraigarles al suelo, haciendo así de jóvenes y bellicosos salteadores otros tantos soldados labradores; así reclutó para su propio ejército cuarenta mil Godos convertidos en Romanos.

Por lo demás, a pesar de la decadencia cuyos evidentes testimonios llenaban de amargura a los ciudadanos de buen juicio, la «Ciudad Eterna», encarnando el Imperio, conservaba tan bien su prestigio que hasta los mismos bárbaros invasores apenas pensaban en la destrucción de su potencia; no querían sino participar en sus riquezas y en su gloria, y creían en su eternidad. Los extranjeros de todas razas englobadas en la inmensa extensión del mundo romano aspiraban sobre todo a convertirse en ciudadanos, en formar parte del pueblo por excelencia. Ninguna provincia antiguamente conquistada intentó recobrar su individualidad política, ninguna nacionalidad reivindicó su independencia para aislarse de nuevo del oecumeno universal. El Imperio Romano se conservaba por su masa poderosa y por su majestad, como uno de esos pesados arcos de triunfo que elevaron sus constructores y que subsisten aún roídos por el tiempo. No bastaron los miles de hombres esparcidos por las Galias para contener las poblaciones durante cinco siglos si la dominación del Romano hubiera sido verdaderamente execrada, si los hijos de los vencidos hubieran guardado la injuria de la derrota. No: por pesada que fuese la ley del extranjero, venía de tan alto, que parecía divina. Para humildes súbditos sin cohesión, conscientes de su debilidad, ¡qué potencia augusta emanaría del solo nombre de Roma, considerado como el símbolo de la fuerza por excelencia, casi como la del Destino! ¿Qué extraño es que los pueblos del inmenso oecumeno se prosternaran voluntariamente ante las estatuas de los emperadores y que creyeran realmente en la divinidad de aquellos dominadores? Lo contrario hubiera sido más difícil de comprender. El instinto de adoración que